

José Ignacio
de la Torre Rodríguez

La
Reconquista
española

EN
50
LUGARES

Viajes por la historia

■ Cydonia



Ediciones Cydonia S.L.
<http://www.edicionescydonia.com>
Apartado de Correos 222
O PORRIÑO - Pontevedra

© Ediciones Cydonia, 2019
© José Ignacio de la Torre Rodríguez
Primera edición, octubre 2019

Fotografías: Javier García Blanco, CGF, Wikimedia
Commons, Shutterstock

Printed in Spain - Impreso en España
I.S.B.N. 978-84-949816-2-3
Depósito Legal: VG 546-2019
Maquetación: JGB
Diseño de cubierta: Ignacio Docampo
Imprime: Reprográficas Malpe

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin el permiso escrito de Ediciones Cydonia S.L.

La Reconquista española EN 50 LUGARES

José Ignacio de la Torre Rodríguez

Índice

Introducción	11
1. La batalla de Guadalete La pérdida de Hispania (711)	15
2. Covadonga y don Pelayo Año 722	22
3. Roncesvalles y el fracaso de Carlomagno Año 778	29
4. Oviedo Capital del reino asturiano (siglo IX)	36
5. Los Banu Qasi Señores del Valle Medio del Ebro (siglo IX)	42
6. El condado de Barcelona Siglo IX	50
7. Castilla El norte palentino y las merindades (siglos IX-X)	58
8. Gormaz y Osma La frontera del Duero (siglos IX-X)	65
9. La batalla de Simancas Año 939	71
10. Medina Azahara Siglo X	79
11. Medinaceli La tumba de Almazor (1002)	86
12. Pamplona y su reino Siglos X-XI	94
13. Nájera y Viguera Los reinos efímeros (siglos X-XI)	101
14. Jaca El origen del reino de Aragón (siglos X-XI)	108

15. Los condados de Sobrarbe y Ribagorza	
Siglos X-XI	115
16. El condado de Urgel	
La Seo de Urgel, Balaguer y Áger (siglos IX-XI)	122
17. León	
Capital de Fernando I el Magno (siglo XI)	130
18. Barbastro	
La primera cruzada (1064)	137
19. El fuero de Sepúlveda	
Año 1076	144
20. Toledo	
Año 1085	152
21. La batalla de Sagradas	
Año 1086	161
22. Huesca	
La batalla de Alcoraz (1096)	167
23. Burgos y El Cid	
(1048-1099)	175
24. Aledo, Consuegra y Uclés	
Los almorávides	182
25. Compostela y Diego Gelmírez	
Inicios del siglo XII	189
26. Zaragoza	
Año 1118	198
27. Coria	
Año 1142	206
28. Almería	
Año 1147	214
29. Tortosa	
El cierre del Valle del Ebro (1148)	223
30. Fraga y Lérida	
La conquista de los valles del Segre y del Cinca	231

31. Calatrava la Vieja, Zorita de los Canes, Salvatierra y Calatrava la Nueva	
La orden militar de Calatrava	238
32. Teruel	
Año 1171	247
33. Cuenca	
Año 1177	253
34. La batalla de Alarcos	
Año 1195	262
35. Las Navas de Tolosa	
Año 1212	270
36. Mallorca	
Año 1229	278
37. La conquista de Mérida y Badajoz	
Año 1230	285
38. Morella y Burriana	
Años 1232-1233	295
39. Córdoba	
Año 1236	303
40. Valencia	
Año 1238	312
41. Sevilla	
Año 1248	320
42. Niebla	
Año 1262	328
43. Murcia	
Entre Aragón y Castilla (1266)	335
44. Jerez y el Puerto de Santa María	
Años 1260-1266	344
45. Tarifa y la bahía de Algeciras	
Años 1284-1350	352

46. Albarracín	
Año 1300	359
47. Antequera	
Año 1410	365
48. Valladolid	
Año 1469	375
49. Málaga	
Año 1487	384
50. Granada	
Año 1492	393

*A mi amigo Rafa,
hermano de juegos infantiles.*

Introducción

LA INVASIÓN MUSULMANA DE 711 supuso un antes y después en la historia de la península ibérica. Si hasta ese momento compartíamos con gran parte de Europa una misma cultura y un pasado romano-germánico, tras la invasión se produjo en gran medida la ruptura con ese pasado compartido. A partir de entonces la Península discurrió por dinámicas históricas propias que la convirtieron tanto en perpetuo campo de batalla como en crisol cultural entre dos mundos diferenciados y a menudo antagónicos: el cristiano, que se apoyaba sobre la cultura clásica y el musulmán, que había surgido a inicios del siglo VII en la península arábiga, una región externa al mundo grecorromano y al cristianismo, pero que al estar en sus fronteras estaba influenciado por aquellos.

A lo largo de ese siglo VII el naciente islam supuso una revolución, un terremoto que rápidamente se extendió en todas direcciones, incluido el norte de África bizantino, hasta alcanzar la península ibérica y el sur de Francia en la segunda década del siglo VIII.

Ningún territorio ibérico se vio libre del dominio de los recién llegados, ya fuera de forma directa o indirecta, más sutil, centrada en el pago de los tributos estipulados en las múltiples capitulaciones que los aturridos hispano visigodos se vieron forzados a firmar si querían salvar sus vidas. En gran parte del norte peninsular –un territorio que es imposible de precisar por la falta de documentación–, en

las zonas más excéntricas y frías de la península, con menos recursos y donde la población vivía en núcleos urbanos de escasa importancia, tuvieron una presencia mínima, basada principalmente en la reubicación de poblaciones bereberes norteafricanas y destacamentos militares de importancia, número y dispersión desconocida, pues no tenemos información sobre ella.

Los vencidos, los visigodos, mantuvieron por su parte dos posturas radicalmente diferentes respecto a los recién llegados. Unos, la mayoría, continuaron residiendo en sus localidades de origen gracias a las facilidades que les dieron los vencedores. Muchos de estos cristianos, que pasaron a ser denominados mozárabes, acabaron aceptando la religión y cultura musulmana como propia, integrándose de pleno derecho entre sus filas. Por el contrario, unos pocos decidieron huir y aventurarse hacia el norte en su búsqueda de tierras libres de la presencia musulmana. Entre éstos, algunos marcharon a tierras francas, pero la mayor parte se refugió en el norte peninsular, al abrigo de la Cordillera Cantábrica y los Pirineos. Entre estas montañas, y en diversos núcleos, se formaron y organizaron los primeros reinos y condados del medievo hispánico. Casi ochocientos años después, tras numerosas vicisitudes históricas, un tres de enero de 1492, los descendientes de estos primeros condes y reyes entrarán en una vencida Granada, el último bastión musulmán de la península ibérica.

Este libro se adentra en todas estas cuestiones, al narrar una historia del medievo español en base a una serie de lugares relacionados con un momento histórico muy concreto, un recorrido por ocho siglos de la historia de España que nos llevará por casi todos los rincones del país buscando los restos de ese pasado que tan profundamente marcó y aún marca nuestro territorio.

Sin embargo, escoger cincuenta lugares como los más destacados de la Reconquista no ha sido una tarea fácil, pues resulta realmente complicado condensar en un número limitado de sitios, localidades o batallas tantos even-

tos acaecidos a lo largo de varios siglos. Para llegar a esa elección final ha sido muy importante utilizar una serie de criterios basados en cuatro piedras angulares:

1) Un criterio espacial: se ha intentado que la mayor parte del territorio nacional se vea representado en la obra.

2) Un criterio viajero: son lugares donde aún quedan suficientes restos de la época como para que aquellas personas interesadas puedan visitarlos.

3) Un criterio de importancia: todos los sitios escogidos fueron muy relevantes en el espacio temporal reseñado.

4) Un criterio de variedad: hemos intentado escoger los lugares en función de diversos aspectos: campos de batalla, ciudades, comarcas, momentos históricos, lugares religiosos, etc.

Cruzando estos cinco criterios han surgido los lugares que proponemos. Sin duda, cualquier lector podría señalar algún otro lugar como más importante que alguno de los propuestos, pero creemos que los cincuenta aquí elegidos son suficientemente representativos.

En resumidas cuentas, los lugares escogidos, aparte de poseer una evidente belleza e interés por sí mismos, permiten contar la Reconquista desde aquel lejano 19 de julio del 711 hasta la conquista de Granada el 3 de enero de 1492.

1

La batalla de Guadalete

La pérdida de Hispania

EL INICIO DEL SIGLO VIII TRAJÓ CONSIGO grandes transformaciones en la península ibérica. Pese a que el reino visigodo había mostrado signos de estabilidad durante la centuria anterior, seguía vigente una vieja tradición que se remontaba a los tiempos en los que los godos eran una más de las tribus bárbaras en el *limes* romano, lo que Gregorio de Tours, en el siglo VI, denominó como *morbus gothicus*. A la muerte de cada uno de los reyes, los notables visigodos se reunían y escogían entre ellos a aquel que debería liderarlos en los próximos años, sin tener en cuenta, ni respetar, el derecho legitimista de los herederos –si los hubiere– del difunto monarca. Esta costumbre, que en su momento estaba instalada en el resto de pueblos germanos, fue desapareciendo rápidamente en cuanto se establecieron en territorio romano, perviviendo tan sólo en la Hispania visigoda.

Aquellos reyes que eran fuertes y tenían doblegada a la nobleza sí conseguían imponer sus deseos sucesorios, pero eran los menos. Finalmente, desde los tiempos de Leovigildo (572-586) se había logrado una cierta estabilidad: los reyes aprendieron que podían asociar al trono a aquel que ellos querían que le sucediese –casi siempre su propio hijo–, de modo que el elegido ya iba conociendo los entresijos del poder y, a la muerte del monarca, la transición entre el difunto rey y su sucesor era pacífica y sin sobresaltos.

Este sistema funcionó perfectamente hasta inicios del siglo VIII. La muerte alcanzó al rey Witiza en 710 sin haber dejado a nadie asociado al trono. Ante tal situación, fue necesario reunir a los notables del reino –tal y como había estipulado el canon 75 del IV Concilio de Toledo de 633–, para decidir quién iba a suceder a Witiza: o bien alguien de su familia o bien don Rodrigo, el duque de la Bética. El “ganador” fue Rodrigo (710-711), quien tras recibir el apoyo del clero y buena parte de la nobleza fue coronado rey. Sin embargo, la oposición de los familiares de Witiza fue notable, de modo que buscaron en el norte de África aliados para hacerse con el poder.

Los musulmanes en el norte de África

Tras la aplastante y sorprendente victoria del califa Omar (634-644) frente a los bizantinos en el río Yarmuk (636), gran parte del Próximo Oriente quedó abierto para su conquista. Egipto y todo el norte de África bizantino, aislado por tierra, tan sólo contaba con sus propias fuerzas para resistir el inevitable ataque musulmán.

La conquista se inició en el año 640 y a partir de entonces y en los sesenta años siguientes, los musulmanes fueron ocupando todas las plazas bizantinas norteafricanas; y lo que es mucho más importante, conquistaron los corazones de los habitantes de toda la región para el islam. En menos de treinta años, las actuales tierras de Egipto y Libia estaban ya ocupadas y, tras unos veinte años más, necesarios para reorganizar y asimilar todo el territorio conquistado (recordemos que el islam estaba creciendo en todas las direcciones y en esa época llegaba ya hasta el actual Afganistán), se inició la segunda fase. En ésta, iniciada hacia 690 y de nuevo sin gran resistencia, las tropas musulmanas llegaron al estrecho de Gibraltar en 705. Faltaban sólo unos años para la muerte de Witiza, tiempo

que utilizaron de nuevo utilizado en reorganizarse y preparar nuevas empresas bélicas.

Los musulmanes cruzan el estrecho

Desconocemos el papel que jugó el famoso don Julián, gobernador de Ceuta, en el cruce del Estrecho. No sabemos si actuó para vengar la supuesta afrenta de don Rodrigo a su hija Florinda la Cava –tal como cuentan los romances– o si don Julián pertenecía al grupo de familiares de Witiza contrarios a Rodrigo y, por tanto, prestó a los musulmanes la ayuda necesaria para cruzar el Estrecho y derrocar al monarca. Esta segunda hipótesis parece tener más visos de realidad, aunque la escasa información nos impide corroborarla. Se cree que los familiares de Witiza hablaron con los recién llegados musulmanes para que enviasen un ejército ¿mercenario? a la Península que les ayudase así a derrocar a don Rodrigo, imponiendo después un candidato de su elección. En este caso, Don Julián tan sólo se habría encontrado en el lugar y el momento justos para llevar a cabo las negociaciones.

Nada nuevo en la historia del reino visigodo: el mencionado *morbus gothicus* se imponía con la consiguiente guerra e inestabilidad. Sin embargo, lo que los *witizanos* no supieron ver es que el instrumento militar que ellos pretendían utilizar tenía su propia estrategia. Se sabe que antes del cruce “definitivo”, los musulmanes habían tanteado la costa hispana en diversas ocasiones, quizás analizando los puntos débiles de las defensas godas, quizás para establecer acuerdos con el partido witizano o, puede que simplemente para atacar enclaves costeros y llevarse un botín. De todos aquellos ataques el más importante fue el del bereber Tarif ibn Malik, quien con una avanzadilla de 400 hombres cruzó el Estrecho desembarcando, según se cree, en Tarifa (lugar que tomaría su nombre de este personaje) y devastó la comarca cercana tomando nota de las de-

fensas godas y quizás –como dijimos antes– negociando con los partidarios de la familia de Witiza. Sus informes fueron fundamentales para que, al año siguiente, un nuevo contingente musulmán formado por entre dos mil a cuatro mil hombres –y dirigido por el gobernador de Tánger, Tariq ibn Ziyad–, desembarcase en la bahía de Algeciras, en el hasta entonces llamado Promontorio de Calpe y hoy conocido como Gibraltar. Don Rodrigo tardó en reaccionar, pues se encontraba en el norte combatiendo contra los vascones. Un tiempo vital que fue aprovechado por Tariq para afianzar sus posiciones y devastar las regiones circundantes. Don Rodrigo llegó al Estrecho a principios de julio de 711 con un ejército de entre 10.000 y 12.000 hombres, unas tres o cuatro veces mayor que el musulmán. Pese a la superioridad numérica del ejército godo, don Rodrigo no pudo prever, tal y como indican las crónicas, que la traición anidaba en el interior de su ejército.

La batalla de Guadalete

El punto exacto de la batalla se desconoce, pese a que los textos antiguos dicen que se disputó junto al Guadalete; es decir, junto al río que nace en la sierra de Grazalema y desemboca en el Atlántico en el Puerto de Santa María. Otros estudiosos consideran que la batalla no se realizó a tanta distancia del lugar de desembarco, sino mucho más cerca, en la zona comprendida entre Medina Sidonia-Laguna de La Janda-Barbate, al oeste de la bahía de Algeciras y a unos 20 kilómetros de Gibraltar. Al futuro campo de batalla se acercó don Rodrigo desde Sevilla, probablemente a mediados de julio de 711. La batalla como tal no existió, sino que desde el 19 de julio ambos ejércitos comenzaron a acosarse mutuamente.

Tras varios días de escaramuzas y preparativos, en el día clave las alas del ejército godo, comandadas por Oppas y Sisberto –hermanos de Witiza–, abandonaron el

campo de batalla con sus huestes, dejando a Rodrigo muy debilitado frente a las tropas musulmanas. Los musulmanes no tuvieron piedad y el desastre del ejército visigodo fue total. La desaparición (¿muerte?) de Rodrigo provocó la desbandada del ejército godo, que huyó apresuradamente hacia el norte.

«En su tiempo [habla de don Rodrigo], era 749 [año de Cristo 711], cuarto año de su imperio y 92 de los árabes, cumpliendo Ulit [se refiere a Walid I, califa omeya entre 705-715] el quinto de su reinado, Rodrigo se apodera tumultuosamente del cetro, alentándole el senado. Ocupa el trono solamente un año, pues habiendo reunido un ejército contra los árabes y moros enviados por Muza, que eran Taric Abuzara y los demás que hacían frecuentes correrías por la demarcación que les había sido enco-



El rey don Rodrigo arengando a sus tropas en la batalla de Guadalete. Pintura en el Museo del Prado. Crédito: Wikimedia Commons.

mendada, e igualmente devastaban muchas ciudades en el año quinto del imperio de Justiniano, 93 de los árabes y sexto de Ulit, en la era 750 [712], habiendo atravesado las montañas, se vio obligado a pelear con ellos. Y murió en esta batalla, huyendo todo el ejército de los godos que, movidos por la ambición del reino, envidiosa y fraudulentamente habían venido con él. De este modo perdió desgraciadamente el trono y la patria con la muerte de los envidiosos, en el año sexto del reinado de Ulit», *Crónica Mozárabe de 754*.

La victoria musulmana fue completa, pero se desconoce el número de bajas que sufrió cada bando. De lo que no hay duda es de la importancia que tuvo, pues el reino visigodo quedó descabezado y su ejército en retirada, perseguido de cerca por las tropas de Tariq. Se iniciaban así los 781 años de presencia musulmana en la península ibérica.

¿Sabías qué?

Se desconoce cuál fue el destino de don Rodrigo. Las crónicas cuentan que tras la batalla encontraron su caballo acribillado por flechas, pero no el cuerpo del monarca. La tradición y las crónicas nos transmiten tres posibles destinos del cuerpo del rey godo.

Lo más probable es que Rodrigo muriese en el campo de batalla y que su cadáver quedase allí junto con los de los otros muertos de la contienda. Sus restos ya no servían a nadie, por lo que bien pudo ser tratado como cualquier otro caído.

Una segunda versión es la que aparece recogida en la *Crónica de Alfonso III*. Aquí se refiere que cuando las tropas asturianas llegaron a la localidad de Viseu (Portugal), encontraron una iglesia visigoda con una inscripción que

indicaba que don Rodrigo fue enterrado en dicho lugar, por lo que habría conseguido huir de Guadalete y de alguna forma había conseguido llegar hasta Viseu, donde acabó falleciendo. Aunque es una versión más romántica y heroica, nunca se ha podido encontrar tal inscripción, pese a que esta es la versión que se recoge en la crónica medieval.

La tercera posibilidad es que, muerto o moribundo en la batalla, sus tropas retirasen el cuerpo y fuese enterrado en el actual Santuario de Santa María de España, a orillas del río Odiel, en la localidad onubense de Sotiel Coronada. Así se recoge por escrito en el siglo XVIII como una tradición milenaria en la localidad.